

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

5º domingo del Tiempo Ordinario (10 de febrero de 2019)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Me dispongo a la oración con estos textos

Si en cada 100 personas hubiera 18 católicos que nos amáramos unos a otros como Cristo nos amó, hasta la muerte, no haría falta demasiada propaganda para que los restantes quedaran irresistiblemente prendidos en las redes del Amor (Rovirosa, OC, T.V. 497).

Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación (EG 87).

Desde la resonancia de estos textos, me sitúo en la vida

Rema mar adentro

*Quiero aceptar tu reto,
mas siento en la garganta
un apretado nudo,
y no sé decir nada.*

*Oigo tu invitación,
pero no suelto amarras
y no acierto a zarpar,
para ir a la mar alta.*

*Yo me quedo en la orilla,
que es pequeña mi barca
y son pocas mis fuerzas
para cruzar las aguas.*

*¿no podré ser tu amigo
si me quedo en la playa
recibiendo los besos
de la tarde dorada?*

*Mas... no. Ven a mi bote,
desenvaina la espada
y corta de un tajazo
las cuerdas que me amarran.*

(P. Loidi)



Escucho la Palabra

Lc 5, 1-11. Por tu palabra echaré las redes.

Una vez que la gente se agolpaba en torno a él para oír la palabra de Dios, estando él de pie junto al lago de Genesaret, vio dos barcas que estaban en la orilla; los pescadores, que habían desembarcado, estaban lavando las redes. Subiendo a una de las barcas, que era la de Simón, le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Respondió Simón y dijo: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes». Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían.



Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Y es que el estupor se había apoderado de él y de los que estaban con él, por la redada de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». Entonces sacaron las barcas a tierra, dejándolo todo, lo siguieron.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra

El pasaje es un relato teológico basado en hechos históricos como la enseñanza de Jesús a orillas del lago, la profesión de los primeros discípulos, que eran pescadores; las incontables ocasiones en que andarían con Jesús pescando juntos y charlando entre sí, que nos revela la iniciativa divina en la llamada (somos llamados, elegidos por Dios), la experiencia que acompaña la fe, la generosidad de la respuesta, y la vinculación total entre fe, seguimiento y misión.

La experiencia de la llamada es tan profunda para los discípulos que trastoca por completo su existencia. Les hace conscientes de su pecado, los deja sin respuesta propia, y asienta la actitud y decisión de dejarlo todo y seguir a Jesús para compartir su misión.

En la vida de todo creyente hay momentos de gracia así, que nos descubren nuestra indigencia, pobreza y pecado. Que nos hacen reconocer la inutilidad de las respuestas propias, de las que nos damos a nosotros mismos, cuando nos mueven nuestros planes y nuestro amor propio. Momentos en que nos quedamos sin palabras, salvo para reconocernos pecadores necesitados de misericordia, como los discípulos. Momentos en los que podemos escuchar, como ellos: "No temas". Momentos en que sentimos que, en realidad, no tenemos que temer, porque Dios se acerca a nosotros y nos llama a la tarea. Y entonces, creemos, aceptamos ser aceptados a pesar de todo lo inaceptable que puede haber en nuestra vida. Aceptamos dejarnos cambiar por la ternura del amor. Aceptamos dejarnos convocar a la fraternidad.

Recuerda esos momentos que hay en tu vida. No importa que hayamos fracasado, que seamos pecadores, que estemos cansados, o desilusionados. Él nos llama, se acerca a nosotros, nos invita a su Vida y su Misión... si queremos. Si queremos cambiar la orientación de nuestra vida, nuestra escala de valores, nuestras metas y proyectos, por los suyos. Si queremos ir descubriendo la experiencia del Reino en el quehacer de cada día.

A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial, no es tampoco una organización humanitaria, no es un espectáculo para contar cuánta gente asistió gracias a nuestra propaganda; es algo mucho más profundo, que escapa a toda medida (EG 279).

Fe y misión no son cosas distintas. Nuestra vida es misión. Somos una misión. En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero... Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros» (EG 120). La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo (EG 268).

La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar (EG 273).

Nuestra imperfección no debe ser una excusa; al contrario, la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo (EG 121). A veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno (EG 265).

Solo podemos anunciar el Evangelio cuando se ha experimentado a Jesús en la propia vida, junto a los compañeros de faena.

Soy una misión. Mi vida es misión fiada en la palabra de Jesús. ¿A qué me lleva la oración en mi vida para crecer en esa identidad de discípulo misionero? En mis ambientes, con las personas que acompaño, en las instituciones en que estoy ¿cómo concretar mi proyecto evangelizador?

Desde el encuentro con la Palabra, vuelvo a orar

Siempre pensando en los demás·

Es la impresión, Señor, que nos queda al contemplar el Evangelio de hoy·

Todo tu tiempo era para curar, sanar, escuchar, orar, acoger·

Tenemos que aprender·

Sí, tenemos que aprender de Ti a invertir bien nuestro tiempo·

A tu lado aprendemos, Señor, que el tiempo dado, entregado para los demás no es tiempo inútil, ni infructuoso·

Ahora queda vencer nuestras propias perezas, seguridades, comodidades· Vencer nuestro propio yo·

Y, para eso, Tú has de ocupar más espacio en nuestra vida· Has de ocupar el centro·

Tenemos que buscarte, tenemos que ir tras tus huellas· Tenemos que llenarnos de ti·

Tenemos que ver con tus ojos·

Gracias por tu ejemplo, por tu vida y tu Palabra que nos recuerda siempre a qué nos llamas, cómo debemos ser·



Y hago ofrenda mi vida

Señor, Jesús...

Concédenos,

como a todos nuestros hermanos de trabajo,

pensar como Tú, trabajar contigo, y vivir en Ti·

María, Madre de los pobres,

Ruega por nosotros·